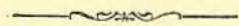


DISCURSO INAUGURAL



DISERTUO INAGURAL

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1888 Á 1889

LEYÓ

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EL DOCTOR

D. RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA



BARCELONA

IMPRESA DE JAIME JEPÚS

IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD

CALLE DEL NOTARIADO, 9 (ANTES PASAJE FORTUNY).

1888

DISCURSO INAUGURAL

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1888 A 1889

ANTE EL CLAYSTRO

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DE D. RAFAEL ROJAS Y RIVERA

DE LA FACULTAD DE DERECHO

BARCELONA

LIBRERIA DE D. J. VALLS

CALLE DE LA UNIVERSIDAD, 11

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

1888

Excmo. é Illmo. Sr.

SEÑORES:

El deber, no la voluntad, me hace ocupar este puesto. Por honroso que sea el encargo, por buen deseo que me anime, lo más agradable se convierte en motivo de tristeza, cuando ni remota esperanza se tiene de salir airoso del empeño. Si mis antecesores pusieron muy alto el nombre de este Cuerpo docente, al romperse en mí la cadena de los buenos discursos, tantos como triunfos, vuelvo la vista atrás y en sus glorias me escudo, ya que es imposible defender bien el justo prestigio de la Universidad de Barcelona. Ella con su historia me proteja, y tengan los que me escuchan en cuenta que esta ceremonia científica no da el mismo fruto que las pasadas ni las venideras, y que no todos los profesores valen tan poco como el que os dirige la palabra.

Pongo á Dios por testigo de que deploro mi deficiencia, movido sólo por sentimientos altruistas. Dueleme no valer más, por nuestra querida *alma mater*; por nuestros alumnos, á quienes ruego no echen á mala parte mi escasa valía; por los que con su presencia, libérrimamente ó por cortés manera, dan realce á este acto, y por mis compañeros de trabajo, cuya voz llevo inmerecidamente.

Apéname, por otra parte, pensar que intervengo, y con un muy

principal papel, en la más grande y trascendental de las solemnidades: en la inauguración de un curso académico.

Nos hallamos en el templo de la Ciencia, aquí en donde, buscando la verdad y viendo en detalle y en conjunto los hechos naturales, venimos á parar en la Divina Causa de cuanto existe, sin extraviar el camino que á ella conduce, como indefectiblemente llegamos al vértice recorriendo los lados de un ángulo.

Á este templo concurren en son de fiesta las dos fuerzas fundamentales de toda sociedad culta: la inteligente y la afectiva. La inteligente, en sus dos modalidades: la actual, la viva, la que enseña, la que lleva ante sí todas las evoluciones sociales, etapas del camino del Progreso, representada por los estudiosos, con ó sin título, con ó sin puesto oficial; y la del porvenir, aun en tensión, la laborante de mañana, apta para vibrar en los alcázares intelectuales, como el éter en el espacio infinito, y que reside en la cabeza de nuestros educandos, tierno plantel que se trocará en robusta encina y en altivo cedro. La afectiva, y á vosotras me dirijo, cultas señoras, de que sois excelentes é inapreciables dueñas, y con la que solazáis al padre, al marido y al hijo, llenando de dulzuras la vida del estudioso y premiando con vuestros halagos al que ha menester descanso tras el rudo batallar científico.

Una y otra fuerza, juntas maravillosamente en este acto, como se unen el cobre y la seda para ser potencia, aquél trabajando y ésta quitando tropiezos y malversaciones en un reóforo, son la fuerza madre de lo provechoso y conveniente; el dique que sujeta el torrente de lo inconsciente y automático; el freno de los movimientos pasionales é impulsivos; la piedra de toque que diferencia lo verdadero de lo falso, la bondad de la malicia; el rayo de luz que disipa las tinieblas, llámense errores, supersticiones, atavismos sociales ó como se quiera; el móvil de cuanto es grande, que al fin son un reflejo del Omnipotente, que brilla en nuestro cerebro, como en los planetas se agita la luz del Sol.

También concurren al templo, rindiendo culto á la inteligencia humana, todas las jerarquías y potestades sociales, desde la que ve á Dios en el altar todos los días, hasta la que lo encuentra en la dureza de la piedra en que trabaja; desde la que dirige las masas, hasta la

acostumbrada á larga servidumbre; desde la que quema pólvora con todo estruendo, hasta la que sólo consume su materia cerebral en el silencio de las bibliotecas y en largas y profundas meditaciones.

Tal concurrencia dice que en nuestro templo están de par en par las puertas; que no se hacen distingos, ni se pone á nadie en entredicho; que no tenemos ni fronteras, ni enemigos; que no suscitamos odios; que el paño de nuestros altares no se ha manchado jamás de sangre, y que, viviendo fraternal y libremente, hoy estamos de fiesta: la fiesta de la inteligencia. ¡Qué hermoso espectáculo y qué tributación tan justa!

Hoy, por este solo hecho, se da un paso más en el camino de la perfectibilidad humana; huye el demonio de la ignorancia, y se esconde la holgazanería; se premia al alumno benemérito, y se estimula al que no lo sea; se conmemoran las victorias conseguidas; se dejan libres las energías aprisionadas, y, dividido el trabajo, comienzan las tareas de enseñar y de aprender, encomendando oficialmente á este Profesorado que en el campo de la Ciencia predique con la fe y entusiasmo de los apóstoles y vaticine con la intuición de los profetas. ¡Gran día! No por estar muy previsto, deja de ser siempre sorprendente y admirable.

Comienza, pues, en el terreno oficial otra etapa de enseñanza, ó lo que es lo mismo, se pone en acción la fuerza inteligente que el Estado maneja.

Dirigir una fuerza de tanta valía es empresa titánica y exige, por lo mismo, la más poderosa atención y el mancomunado esfuerzo de cerebros bien organizados. Bueno es discurrir sobre este asunto, y á ello me encamino, sin pretensiones de ningún genero y tomando la cuestión desde el punto de vista de los **Deberes del Gobierno en materia de educación cerebral.**

Excuso decir que no hago alusión á país alguno, que respeto todas las creencias religiosas, todas las agrupaciones políticas, que no vengo á valerme de las circunstancias. Deseo hablar sólo en el terreno científico, y mostrar una de las fases de la **HIGIENE SUPERIOR** ó de la **GRAN HIGIENE**. De paso pueden ver los profanos y los *oficialmente* higienistas los altos vuelos de una ciencia que reputan humildísima y enteca.

I

El complejo organismo que se llama cuerpo social, sea cualquiera el número de sus componentes, representa un conjunto, más ó menos conexo y armónico, de actividades, fuerzas del país, obtenidas por la suma de las individuales. Entre estas fuerzas hay la cerebral, la más importante, cuya totalidad de manifestaciones hace de la masa común un pueblo salvaje, levantisco, culto, etc. Enlazadas íntimamente entre sí, las unas obran sobre las otras, cual más, cual menos, resultando predominios (militar, religioso, literato, artístico, industrial, científico, etc.), por exceso de actividad de una ó más y por poco juego de las restantes. Si queremos que valgan todo lo que deben valer, no sólo ha de estudiarse cada una en sí misma, sino que es preciso conocer sus recíprocas acciones para quitar obstáculos á su evolución y conseguir toda la perfectibilidad posible, que es el bello ideal de la Higiene.

Conviene ante todo que nos familiaricemos con una idea indiscutible y muy corriente en Biología: el cerebro es de los órganos que más sienten la acción de todos los modificadores, internos y externos.

Siendo parte de una federación orgánica, sufre de continuo bajo la actividad de los demás concurrentes á la constitución corpórea. La sangre, los músculos, el estómago, el hígado, el aparato genésico, etc., á trueque de lo que él los modifica, están continuamente modificándole. De estos choques, cuando son armónicos, resultan la vida y la salud, efectos expresivos del *consensus organicus*; y de su exageración, mengua ó perversión, las modalidades patológicas de origen autóctono. La actividad cerebral obra sobre las otras actividades, y éstas responden imprimiendo cambios á aquélla.

Todo lo que se llama cósmico obra sobre nuestro cerebro. El calórico y el lumínico, mejor dicho, todas las manifestaciones etéreas, la alimentación, los vestidos, los climas, los componentes atmosféri-

cos, la hora del día, las estaciones, etc., dejan su huella en el órgano de la inteligencia, y los productos de éste cambian incesantemente, si lo cósmico es versátil, ó llevan el carácter de la permanencia, si son persistentes los modificantes. Un solo ejemplo en son de prueba.

Cuando los arianos viven en Asia, en medio de una naturaleza exuberante, tostados por ardiente sol, con ríos invadeables y que se desbordan con frecuencia, en bosques que les cierran el paso, rodeados de animales dañinos, cuyas garras sienten con frecuencia, oyendo el trueno y sucumbiendo por el rayo, sin que les sea dado poner el pie en la cima de todas las montañas ni recorrer todos los valles, á pesar de ser de la más inteligente de las razas, de la blanca, se confiesan vencidos y humillados. Adquiere inmenso desarrollo la imaginación, pierde bríos la inteligencia, y reputándose inferiores á cuanto les rodea, hacen de cada adversidad un dios y adoran los animales y los árboles, los vientos y los ríos, el cielo y los astros, el mar y la tierra; promiscuan las mujeres, llamándose robo á la posesión de una sola; han poco respeto á la propiedad; son tibios sus afectos; casi ignoran las Bellas Artes; apenas si tienen noción de la Ciencia; no se relacionan con la diosa Themis, y sin cariño á sus lares, huyen, al fin, en busca de territorios más plácidos.

Grecia y los países cercanos les imprimen un cambio trascendental. Montañas dominables, ríos que se vadean, bosques que se recorren, mar poco soberbio, cielo azul, estrellas brillantes, sol más tibio, les encariñan con el nuevo territorio, aspiran á conservarlo, renuncian á sus monstruosos dioses, inventan otros, tantos como placeres, gozan, se solazan, tienen músicas y cantos, cultivan como nadie las Bellas Artes, robustecen su cuerpo, fomentan su inteligencia, legislan, luchan por su querida patria y llegan de etapa en etapa á ser modelo de pueblos.

La misma raza, pero distinto clima. El ejemplo se repite, progresando ó retrogradando, siempre que un pueblo emigra. Y cuando se hace alto en estos movimientos de expansión ó de retroceso, si el territorio en que se establece obra largo tiempo y su acción persistente se continúa por herencia, adquiere el cerebro una de estas aptitudes: ó el estancamiento, cual sucede en China, si el medio no se presta á un mayor progreso; ó el adelanto continuo, si el clima favorece la evolución cerebral, cual testimonian los norteamericanos; ó el

retroceso, de que son buen ejemplo los habitantes del norte de Africa, cultos en España antes y hoy semisalvajes en Berbería.

Modificado incesantemente el cerebro por el clima, encárgase la herencia de perpetuar los cambios impresos, resultando esa multitud de subdivisiones de la familia humana, llamadas en grande *razas* y en detalle *habitantes de una región*. Los cruzamientos tienden á borrar los tipos extremos en todos conceptos, y, como prevé la Antropología, el porvenir pertenece á las razas mixtas ó mestizas, que han recibido de siglos el hálito de todas las influencias cósmicas, almacenadas por herencia y transmitidas religiosamente de generación en generación. El pueblo español, que siente en su país los fríos de los países circumpolares, el calor de los climas tórridos y la versatilidad de las estaciones; que vive en continua intemperie; el pueblo español, cuyos progenitores proceden de tan varias zonas, lleva en su sangre y respira en su atmósfera esa especie de confusión de una raza mixta, que le hace más aclimatable que todos los pueblos, más inteligente que otras naciones hoy más cultas y más apto para todo género de empresas dadas.

Pueblo de tal jaez, hoy despierto para la vida cerebral, después de dormir siglos el sueño de los oprimidos, necesita ser bien llevado, y nada más fácil en principio, tratándose de una masa ingeniosa, inteligente, impresionable, de fácil adaptación, honrada y filantrópica.

II

Tal como estamos constituidos por obra de larga é imprevista selección; tal como nos caracterizan nuestro accidentado suelo y nuestra inquieta atmósfera, y habiendo llegado por una y otra á una especie de bienestar relativo, que holgadamente nos hace ir presentando una evolución cerebral de trascendencia, el deber del Gobierno es abrir paso á la fuerza inteligente, quitar todos los obstáculos á su marcha, regularizar el cauce, no permitir que se despeñe como un torrente ni que descienda como un alud de la cima de las montañas.

Todo movimiento represivo es un crimen de lesa humanidad y una ofensa á Dios, que dió al hombre inteligencia para ir hacia adelante y no para que la utilizara en convertir los pueblos en depósitos de agua dormida.

Para conseguir estos fines, que de necesidad se imponen, es obvio que hay que conocer concienzudamente al hombre y todas sus manifestaciones sociales, y por desgracia para todos, y en especial para los gobernados, no se estudian en nuestras Universidades, ó se estudian ligeramente, las únicas ciencias que pueden dar esos conocimientos: la Antropología y la Sociología, y como por compromiso, y más como accesorias que como fundamentales, la Estadística, la Demografía, la Psicología fisiológica de índole experimental, la Climatología y la Higiene, pléyade científica en que debieran ser muy peritos los gobernantes, y que en conjunto forman un grupo de ciencias naturales que, si aun no sirven, servirán algún día para dar base racional á la política.

Sin un profundo conocimiento de estas ramas del saber, es imposible, como no sea por acaso, proceder con acierto. Encomendar á un médico la dirección y manejo de la maquinaria de un taller, sería tan absurdo como confiar el gobierno y la educación de un pueblo á quien desconociere lo que es este pueblo, desde los puntos de vista climatológico, antropológico, sociológico é higiénico, ó sea al que ignorase su naturaleza y sus necesidades, sus tendencias y sus aspiraciones.

Y ocurrese al llegar á este concepto una idea profundamente radical. Los tropiezos de las naciones, la lentitud con que progresan, lo menguado de sus adelantos tras tantos siglos de vida, la vacilación de su marcha, el gran malestar de los que se llaman cultos, las revoluciones y represalias, ¿serán debidas á la ineptitud de los gobernantes, á la carencia de las condiciones científicas y técnicas necesarias para conocer la masa que se maneja, el impulso que necesita y la dirección que debe dársela? ¿Quién tiene la culpa? ¿Los que obedecen ó los que mandan?

¡Y es bien notable! Para lo que es fundamental en un país, no siempre se piden garantías, ni siempre se marcan condiciones. Faltando á la más rudimentaria de las conveniencias, anda parte de la enseñanza, es decir, la educación del cerebro y la custodia y fo-

mento de los tesoros intelectuales, en manos de intrusos, cuyo único sostén es la tolerancia, cuando no desidia, de los que mandan y la ignorancia de los padres. Y faltando á deberes indiscutibles, dirige los pueblos quien no tiene bastantes conocimientos en las ciencias que del hombre tratan.

La primera obligación, pues, es que los gobernantes, y cuantos eduquen y enseñen, sepan lo que es preciso, si han de dar pasos en firme y si han de encaminar en buen sentido las energías cerebrales de los pueblos y los educandos. Para ello han de empaparse en el agua pura y cristalina que brota en los campos de las ciencias naturales aplicadas al estudio del hombre.

Urge además que estas enseñanzas se den bien y cumplidamente, sobre todo allí en donde nace el plantel de los futuros directores de los pueblos. Por costumbre, no por conveniencia, provéense las agrupaciones políticas casi de una sola fábrica. Y esta fábrica tal vez engendre sabios, pero estos sabios saben poco del hombre; de él tienen formados juicios erróneos; creen en las abstracciones como punto de partida, cuando debieran arrancar del estudio concreto del funcionalismo humano; en fuerza de sutilezas y de distingos, han formado un hombre ente de razón, distinto del tipo real, y á costa de largas fatigas y disquisiciones, han huído de lo terreno, allí en donde están, para perderse en los vagos espacios de la Metafísica como principio y de la argucia y sutileza como práctica.

De esos científicos racionalistas, que empiezan en lo más elevado de la Metafísica y acaban en la más vulgar de las rutinas, cuando no en lirismos de una parte y en maquiavelismos de otra, sale el contingente que ha de gobernar. Todo lo más útil que suelen poseer es algo de eso que se llama sentido común y cierto repertorio de observaciones, como si el sentido común fuese sinónimo de ciencia empírica y como si la que enseña á dirigir los pueblos no tuviese un mucho de experimental.

Con tales elementos han de ocurrir grandes tropiezos y no pequeños choques. Un día, hartos los oprimidos de brutal tutela, que de antemano le traza sus actos, sus palabras, sus creencias y sus ideas, rompen el yugo y á tantos pedazos lo reducen, que los mismos opresores dudan del poder que hasta entonces creyeron legítimo y natu-

ral; otro día, esquilados por los impuestos, tributando por lo que comen y por lo que respiran, por lo que trabajan y por lo que huelgan, por lo que ganan y por lo que pierden, sueltan la pesada carga é imponen más justa distribución; otro día, horrorizados de la ley del talión, ojo por ojo y diente por diente, encomiendan la administración de la justicia á ciertos hombres, y cuando los primitivos códigos le parecen sobrado bárbaros y harto incompletos, suavizan y agrandan la acción de la ley, y como aun así se hace sufrir todavía al culpable y hay en ello algo de lo llamado *ira legal*, tienden á dar sabor científico á la ley, á compadecer al delincuente y á colocarle, no entre las gracias y los indultos, sólo admisibles para la más terrible y absurda de las penas, sino en donde no dañe, y aun intentan corregirle convirtiendo al malo en bueno y al vago recluso en hombre trabajador; otro, en fin, estalla un conflicto entre los únicos antropologistas hoy, los médicos, y los tribunales, dispútanse el patíbulo ó el presidio la presa que corresponde á la enfermería, y si hasta aquí son aquéllos los peor librados, día llegará en que aterre el capítulo de cargos que cuidadosamente se van reuniendo.

Si la verdad no puede ser contraria á la verdad, ni la Ciencia enemiga de la Ciencia, al aparecer uno de estos conflictos, hemos de afirmar: una de esas verdades no merece ese nombre; una de esas ciencias es un tejido de falsedades. Y *a priori*, ¿quién se equivocará? La respuesta es fácil. Andando el tiempo, será bien obvia, y entonces se habrá escanciado la última copa de ese vino metafísico, que ha embriagado largo tiempo á la Humanidad llamada culta, y se habrá deshecho el último apoyo de las rutinas y de las desigualdades.

Importa, pues, como fundamento primero para una buena educación cerebral, para una educación sin calificativo, que el Gobierno aprenda y que haga aprender á la presente generación escolar las ciencias en que debe fundarse el futuro régimen de los pueblos; que inicie el movimiento, que lo encamine. El tiempo hará lo demás, y tras corto número de series, habrá progresado más la Humanidad que en largos siglos de torpeza y apetitos de los unos y de sacudimientos de los otros. No pido hechos sobrenaturales: solicito la evolución.

¿Cómo se realiza? Dentro del terreno oficial, y mientras en nuestro país se da con el mejor camino para que adquieran nuestros compa-

triotas el vigoroso impulso de que da reciente ejemplo Italia y más añejo Francia, naciones que no son más inteligentes que la nuestra, urge plantear reformas cuya ejecución puede ser inmediata.

Tenemos muchas y malas Universidades, y es preciso que haya pocas y buenas. Los grupos universitarios, hoy hacinados en poblaciones privilegiadas, han de fraccionarse y distribuirse en varias capitales y pueblos, descentralizando la enseñanza y diseminando en todo el país variados y numerosos focos de instrucción, repartidos, no al azar ni por compadrazgos, sino en armonía con los caracteres de la comarca, con sus producciones, con su vida propia: no había de llevarse una Facultad de Ciencias á una urbe castellana, casi sin flora y sin fauna, ni una de Medicina adonde escaseara el contingente de los hospitales; en cambio, tienen sitio indiscutible las Escuelas Industriales, las de Comercio, las Navales. En este reparto debiera procurarse mucho multiplicar las Escuelas de Artes y Oficios y dar gran incremento á todas las ciencias empíricas, sobre todo á las de aplicación inmediata.

A la par es preciso fomentar la enseñanza libre; pero cuidando el Estado de que su utilidad sea segura y no se convierta en reprensible granjería.

Como modelos, y vertiendo sobre ellas el cuerno de la abundancia, bastaría con dos ó tres Universidades propiamente dichas, equitativamente situadas.

Todos los centros de enseñanza debieran tener un material completísimo, para dar á la misma un carácter marcadamente objetivo, hasta donde fuere posible, y una reglamentación severa, que gravitara sobre profesores y alumnos; pero sin poner cortapisas al libre desarrollo de la Ciencia y á su adquisición, ni en la materia ni el tiempo.

Si son muchas las Universidades, son pocos los profesores. De ello resulta una instrucción á medias, si á tal llega, y una imposibilidad de especializar los conocimientos. En estas Universidades modelos debe enseñarse todo, y ha de haber quien lo haga, poniendo en cada grupo las asignaturas necesarias y dividiendo las muy abundosas.

Sobre numeroso, debe el Profesorado ser inteligente. La oposición bien regulada, para quitar todo género de abusos, debe ser la úni-

ca puerta de ingreso. Aquilatado el valor del personal docente, habría de someterse por modo continuo á repetidas pruebas: bien retribuido, para que sólo viviera por y para la enseñanza, á ella habia de dedicarse por completo y dar con sus publicaciones, conferencias públicas ó inventos, testimonio de su amor al trabajo y de que aumentaba incesantemente el caudal de sus conocimientos. Se fomentarian, para estímulo y mayor instrucción, los cursos libres dados por personas extrañas al Profesorado, y se haría independiente el enseñar del examinar.

Desde la instrucción primaria hasta la superior deberían someterse al mismo criterio, y se inculcaría en la mente de todos que el maestro es el primer magistrado de un pueblo y que de él más que de nadie depende la ventura ó las adversidades de una nación.

Realizadas estas reformas, se habría hecho mucho en pro de la educación cerebral, en tanto que dirección, régimen y mecanismo de la enseñanza.

III

Pero aparte de estas providencias de índole intelectual, dependientes del Ministerio del Ramo, hay otras muchas maneras de enseñar, que voy sumariamente á exponer, maneras en que se piensa poco y que yo juzgo trascendentales. Un pueblo no se educa sólo en las escuelas: ciertos hechos y prácticas sociales, sirviéndole de ejemplo, le instruyen en el bien ó en el mal, y á las veces tienen más resonancia y poderío que los centros docentes.

La actual civilización es una etapa entre la vida psíquica primitiva y la Edad de Oro, que aun tardará en registrar la Historia.

En la primera predominan los apetitos que nos son comunes con los brutos. El hambre y el amor sensual son los guías de la especie humana: por el hambre, come cuanto puede y cuando puede, sin respeto á nada, ni á su propia especie; por el amor, se entrega al más grosero sensualismo, sin dique que lo contenga ni pudor que le sujete.